

UNA CARTA PRIVADA Y UNA COLUMNA PERIODÍSTICA CENSURADA  
(O sea: dos textos sobre el cine nacional)

## Emilio Carballido

*En el sexenio presidencial de Luis Echeverría Álvarez su hermano Rodolfo hizo una resurrección auténtica del cine nacional. Un decreto borró a los fantasmales y fraudulentos productores que habían medrado con nuestra industria y después la habían hundido. Pero... a los excelentes planteamientos prácticos de Rodolfo y de Mario Moya Palencia, (que entre otras cosas lograron que la distribución se nacionalizara, y por primera vez así el cine mexicano recuperaba sus inversiones en casa) se unió una terrible manipulación presidencial de la industria, y un clima de ambigüedad extraña en los sindicatos. Se hacían propuestas revolucionarias extremas que acababan siendo formas de sumisión. Y en la sección de Autores y Adaptadores se creó un taller para producir mejores guiones. A esto alude la carta aquí incluida. ¿Tiene sentido publicarla? Creo que sí. Las ideas generales son válidas. El retrato del momento es oportuno traerlo a cuento. El cine mexicano fue traicionado, como la Patria entera, destruido en su pasado, presente y futuro durante el sexenio atroz de los López Portillo. Se devolvió la distribución a los monopolios y el criminal incendio de la Cineteca, obra de la ignorancia, el nepotismo y el descuido, nos dejó sin pasado. Lo que era el presente, se regaló para depredación de extranjeros. El futuro se hipotecó. Hoy (1983) como un fénix sarnoso y tísico, surge nuestro cine de las cenizas en manos de personas honradas, cuyos puestos no envidia nadie. De Rafael Baledón, hombre íntegro y sin dobleces, amigo muy querido, fui compañero en la mesa directiva de nuestra sección. Esta divergencia de nuestros puntos de vista no implica, de ningún modo, un reproche a su honrado y apasionado trabajo sindical.*

### LA CARTA

19 de octubre de 1975.

Sr. Rafael Baledón  
Sección de Autores y Adaptadores del S.T.P.C.  
Río Mixcoac 39 - 203  
Ciudad

Querido Rafael:

No planeaba yo hacer mayor aclaración de mis ausencias del Taller, ni tampoco

retirar mi nombre de la lista de integrantes. No he querido crear polémicas ni socavar, aunque fuera en forma microscópica, algo que a ti y a muchos parece valioso. Por respeto a sus actitudes libres y por no crear discusiones bizantinas, no me he formulado, hasta ahora, ante ti. Pero la insistencia de Morayta, llamándome, y una dichosa carta a Bravo Ahuja, que me trajo a ver si la firmaba, me fuerzan a retirarme de modo explícito y razonado. Estos renglones son para ti y no me parece mayormente necesario que los leas a los compañeros, pero puedes mostrarlos a quienes son mis más cercanos amigos, o a todos si lo juzgas conveniente.

No firmé la carta a Bravo Ahuja porque la idea presidencial para organizar la cultura me parece desastrosa, y confío que jamás se lleve a efecto. Para buscar otras formas, muy disímiles de ésta, haré proposiciones públicas junto con grupos de artistas de diversas ramas. Ya se las haré llegar, individualmente.

Y esto me trae a una pregunta clave: el Taller, ¿reune artistas?, ¿o trabajadores de cine? Me refiero a su actitud básica, poco clara.

Lo primero, sería una afirmación suicida para cualquier industria. Si todos nuestros guionistas (y casi todos están en el Taller) van a hacer Arte, algunos otros y yo debemos dedicarnos al cine comercial, porque alguien debe hacerlo. Si el Taller tiene miras que correspondan a una gran industria (en la cual deba a veces surgir el Arte, como resultado lógico de una alta eficacia artesanal) no se me ha hecho perceptible en las reuniones a las que he asistido. Más bien he oído tratar temas cívicos, históricos o de las dignidades y orgullos profesionales de cada quien.

Un Taller requiere coherencia de metas, alguna especie de común acuerdo, al menos, claramente formulado. Y no abstracto ni ideal: inmediato y práctico. Por eso se llama taller. Teniendo todos su lugar y su función importantes dentro de la industria, no veo lo que Fernando Cortés o Hugo Argüelles, por ejemplo, le puedan dar a Josefina Vicens o a Luis Alcoriza, o viceversa. Se darán felicitaciones cordiales, palabras amistosas, pero ni siquiera artesanalmente se corresponden de algo.

Entonces, la lectura colectiva se vuelve un rito hueco, burocrático, creado para satisfacer los pruritos de un productor oficial. Y quizá para cargar nosotros con las culpas y responsabilidades si las películas no se venden o salen horrorosas, y esto último depende en mediano grado de nosotros los escritores: hay muchos otros determinantes. Ningún taller puede garantizar, en nuestro terreno, la calidad de lo vendido. Y no hay taller de Directores, ni de técnicos y manuales... Estamos en desventaja, ¿no?

Un Taller estaría en vías de algo si su sentido fuera aguda y sagazmente industrial. El

sistema seguido por nosotros, como tal, me parece nulo y la insistencia en los temas "importantes" agrava el asunto en forma mucho muy seria.

Un Taller requiere puntos de vista que NO sean el tema. "Taller" indica algo referente al oficio y al buen acabado FORMAL, no ideológico. Y puntos de vista sensatos en cuanto al acabado, esto es, puntos de vista objetivos, no me ha tocado que se mencionaran por más de tres miembros. Se habla en exceso de los temas y no hay tema malo, sólo hay tratamientos malos, y a la hora de hablar, cada quien sugiere subjetividades y soluciones al punto de vista marcado por el autor. No descubro las reglas de juego de las reuniones y me parecerían, nada más, una perdedera de tiempo y una lata vacía si no apuntaran hacia cosas peores: un deseo de dominio sobre todo lo que se venda, deseo formulado muy explícitamente por un buen número de miembros, entre otros por el actor Casals, que nunca me he explicado bien lo que hace en las reuniones. (¿Aprender? La idea didáctica también se ha insinuado entre las muchas y nebulosas finalidades que he percibido, y contribuye a enturbiar los ingredientes. Entre otras cosas, porque nunca se dice quien enseña a quien). Este deseo de poder exclusivo me resulta más desagradable por lo cuidadosamente que se disimula a la hora de declarar principios en público. Y por lo tibia o nulamente que se rechaza cuando las reuniones no son públicas.

La actitud general va hacia las líneas ideológicas "comprometidas", y las presiones y fervores de la discusión empujan toda historia hacia allá. Lo cual es muy inocente, pues se acaba atacando a Porfirio Díaz, o se proponen simplificaciones muy ingenuas o monocromas para asuntos graves y complejos.

Y todo esto al servicio de una empresa estatal, cuya única cabeza inmediata ha sido, hasta hace poco, la de Max Vega Tato; el cual no demuestra conocimientos mayores ni menores de guionista ni de nada que tenga que ver con la industria.

Desde los inicios de este gran Taller, a través de pequeñas reuniones entre un pequeño grupo de amigos, habrás notado que me abstuve de asistir (ya que tuve pudor de negarme abiertamente). Hacer solemnidades a petición de los funcionarios en turno NO es mi idea de crear y no es mi idea de ruta para ningún cine del mundo. Y el cine ES una industria. Y el Arte no brota de las piedras por mandato presidencial.

Se ha hablado mucho, también, en el Taller, de la democracia de las reuniones, y se piensa que un voto mayoritario en cuanto al trabajo es muy importante. Aplicar ideas de funcionamiento político al Arte o a la producción industrial de fantasías es inoperante, para no decir palabras peores. El arte es cosa de talentos naturales y adiestramiento de los mismos; la capacidad de producir buenos artículos de venta también es cosa de talentos naturales y de buen oficio. ¿Qué tienen que ver en esto la

democracia y las mayorías? Sería, tan sólo, razar a los mejores con los peores, que siempre abundan más.

Una industria digna es la que tiene un nivel artesanal terso y decoroso, una planificación con suficiente variedad de metas según los consumidores y un cómodo sitio presupuestal para que se expresen los artistas, cuando llegue a haberlos. Y un artista, si lo hay, se expresa hasta en los niveles temáticos de las películas del Santo: díganlo "Judex", de Franjou, o los Mabuses de Lang, para no citar más ejemplos.

El Taller no tiene un concepto de la industria, como tal, ni una idea coherente o sensata de sus propias finalidades dentro de la industria. O una idea que me parezca aceptable de lo que es cine de arte. Y sí tiene una fuerte tendencia a hacerse eco de los postulados artísticos del régimen (como excesivamente lo confirma la carta a Bravo Ahuja). Y cuando un régimen hace postulados artísticos para una industria cinematográfica, hay peligro (el menor) de demagogia y propaganda carísimas. Y otro peligro (el mayor) de dominio de las fuerzas pensantes o disidentes. Por el momento, estamos en plena ruta hacia el primero.

Para terminar: el Taller requiere que sus integrantes hagan sacrificio voluntario de dos libertades: la de creación (supeditada a los demás) y la de venta libre (si se acepta que el Taller sea el único conducto para que salgan nuestras mercancías).

Y yo no deseo rendir ninguna de estas dos libertades. Y deseo poder reclamar cuando alguien trate de quitármelas.

Creo que, al menos, un integrante de la Mesa Directiva de nuestra Sección Sindical debe estar fuera del Taller, para que éste no parezca una amenaza a los derechos de los agremiados. Me asigno ese papel.

También, mi tiempo personal es escaso, soy director de escuela y mis momentos libres me resultan preciosos. Pero esto es secundario, aunque cierto, y lo anterior es mi mayor y más fuerte razón.

Me retiro pues del Taller, aunque no pueda en verdad decirse que haya pertenecido, o estado.

Un afectuoso abrazo de tu amigo

*Durante algún tiempo fui colaborador del diario El Sol. Escribí columnas dialogadas sobre temas generales, se llamaban Pasos. A petición de Edmundo Domínguez Aragonés, director de la plana, escribí lo que aquí aparece. Yo le había advertido: "Mejor no toco ese tema". "Sí, sí, hazlo. Es para formar un libro con las opiniones*



*de los colaboradores". "La mía no les va a gustar". "Sí, sí, libertad absoluta, qué bueno que haya divergencias etc. "*

*Entregué el texto. Edmundo mismo me lo devolvió. Me dijo que de "la hermana" era imposible decir nada. Que al releerlo le pareció peligroso, que ya habían matado gente, condenado a otros a morir de hambre por cosas menos claras. Le dije que había que arriesgarse, que la autocensura era una forma muy grave de complicidad. "Es mi nombre, no el tuyo". Me dijo varias razones muy suyas... y me devolvió el texto. Mi nombre era mío, pero de la plana respondía él. ¿Por qué publico ahora estas dos insignificantes páginas, escritas al iniciarse un sexenio pasado? Quizá por el gusto de sentirme profeta. También por que forman parte de una mecánica en que la impotencia individual tiene resortes que es necesario mostrar.*

*No sé si el dicho libro: "¿Qué esperamos del petróleo?", habrá aparecido nunca. Si, sí, me gustaría mucho leerlo HOY.*

## LA COLUMNA

### EL QUE ESPERA, DESESPERA

—¿Por qué estás tan pensativo frente a tu máquina de escribir y sin dar un solo teclazo?

—Verás: me pidieron que conteste ampliamente a la pregunta "¿qué espera usted del petróleo"?

—¡Pero es muy fácil! Estamos sobre un lago de petróleo. Según vaya brotando, claro, con prudencia y buena administración, un gran auge reinará en México; nuevas industrias, aplicación de los recursos al campo, beneficios inmensos para todos... ¿Pues qué tiene de difícil contestar esa pregunta?

—Tiene que lo futuro es el fruto de lo pasado y lo presente. Ni más o menos.

—¿Y?

—Pues... Pensaba en el Ixtoc. Y en que una zona pesquera riquísima se vió de pronto amenazada por la ruina... Y la amenaza se cumplió. Pensaba que habiendo tantos mantos petrolíferos en (según dicen) lugares accesibles y de fácil extracción, fueron a poner en peligro mortal la economía de Campeche. ¿Por qué, si tanto abundan los veneros, ir a explotar los menos accesibles?

—Eso lo saben los expertos, no tú. Habla de lo que sabes.

—Pues eso haré. ¿No empezó este descubrimiento en el sexenio pasado? Muéstrame algún beneficio que estemos recibiendo.

—...

—El Ixtoc provocó, entre otras cosas, declaraciones oficiales que no coincidían con la realidad... ¿No serán así las demás declaraciones? ¿Qué elemento de juicio tengo para hacer predicciones optimistas? El panorama inmediato, de mi casa, me muestra que falta el gas a cada rato, los precios de los productos petroleros suben para noso-

tros, en ves de bajar...

—Es que la crisis es un fenómeno mundial...

—Pues sí. Pero la crisis de nuestra agricultura es nacional. Sales de las escasas zonas industrializadas y te encuentras el campo erosionado y al campesino que vive de rapar montes como único recurso. De las industrias que sí conozco te puedo comentar: hubo un momento en que el cine era la cuarta o quinta industria nacional; lo hacían los trabajadores. Para manipularlo mejor, se creó la división sindical, se apoyó a los sindicatos charros y se inventó un banco para controlar la producción. De noventa a ciento diez películas al año de entonces, hemos llegado a las seis y siete películas.

—¡Pero qué tiene que ver el cine con el petróleo!

—Que son industrias dependientes del Estado. Que el manejo de una industria estatal te refleja el manejo de otra industria estatal. Que si los nombramientos clave de una empresa son otorgados de cierto modo, así lo serán también los de la otra...

¿Qué espero entonces? Un proverbio que encanta a un amigo mío es: "El que vive de ilusiones, muere de desengaños". A mí no me gusta esa clase de muerte.

